

Nuremberg (1808-1816). El digno director

Deseoso de tener la tranquilidad de pensar a lo grande, a largo plazo y con profundidad lógico-dialéctica, Hegel buscó incesantemente otra ocupación en la línea de su sueño universitario. De momento, éste no pudo cumplirse, pero su viejo amigo de Tubinga Immanuel Niethammer –que desempeñaba un alto cargo de educación en Baviera– le consiguió el rectorado de un instituto de enseñanza media en Nuremberg. Aunque ello suponía claramente un paso atrás y retardaba su sueño universitario, Hegel estaba tan deseoso de alcanzar una mínima tranquilidad económica y respetabilidad social que aceptó inmediatamente y con entusiasmo el cargo en 1808.

Director de instituto (*Gymnasium*). Hegel se encontró especialmente a gusto con el cargo de director, pues le exigía aplicar algunas de sus virtudes más arraigadas: capacidad de trabajo, sociabilidad, eficacia administrativa, respeto por las normas y las jerarquías sociales... Sin ninguna duda, al desempeñar ese rectorado Hegel tenía la sensación de realizar finalmente tanto el sueño de educador del pueblo de su juventud, como el de armonizador del espíritu objetivo –de las instituciones reales– con el absoluto –de la verdad universal o la razón filosófica–.

Además, durante este período Hegel consiguió finalmente grandes compensaciones personales y sociales. Se había convertido en alguien plenamente respetable, ejercía un cargo público reconocido, era un miembro activo y valorado de la elite de Nuremberg e, incluso, emparentó con una de las mejores familias patricias de esta ciudad.

Matrimonio con Marie von Tucher. Olvidando asuntos anteriores, como su hijo ilegítimo, finalmente en 1811 Hegel se casó con Marie von Tucher, veintiún años más joven que él. Pronto nacerían sus dos hijos legítimos, Karl (en 1813) e Immanuel (en 1814). Además, en 1813 fue nombrado Consejero escolar de la ciudad. Ahora bien, estas mejoras personales, que por fin recompensaban los denodados esfuerzos de un Hegel, que ya superaba los 40 años, para encontrar una posición económica y social digna, tuvieron como contrapartida el alejamiento de su deseada carrera universitaria. Además, Hegel tenía por entonces que superar dos inconvenientes: por una parte, su identificación con Sche-



*RETRATO DE FRIEDRICH WILHELM JOSEPH SCHELLING (1775-1854) realizado c. 1835 por Joseph Stieler (1781-1858). Entre 1801 y 1803 Hegel colaboró con Schelling, antiguo amigo del seminario de Tübinga que ya por entonces había publicado el Sistema del idealismo trascendental (1800) y ocupaba la cátedra en Jena que Fichte había tenido que dejar. De aquella colaboración surgió el *Kritisches Journal der Philosophie* (1802-1803), revista que marcó el período de mayor afinidad entre ambos. ♦*

ling, del que aparecía todavía como un discípulo; por otra parte, su fama, relativamente cierta, de profesor pesado, oscuro y no muy brillante en sus clases. A esto, se añadía el hecho de que había estado alejado toda una década de la docencia universitaria.

Una carta de presentación filosófica: la *Ciencia de la lógica*. Silenciosamente pero, como era habitual en él, de forma concienzuda, Hegel había ido preparando su carta de presentación académica. Puesto que era consciente de que la *Fenomenología*, lamentablemente y del todo injustamente, no podía representar este papel, Hegel escribió la *Ciencia de la lógica* en tres volúmenes, que publicó en 1812, 1813 y 1815. Ciertamente, con la *Ciencia de la lógica* Hegel halló esa carta filosófica de presentación que nadie podía menospreciar. Quizás algunos desconfiasen de la ambición del proyecto, de que fuera factible e, incluso, de la bondad filosófica de un proyecto semejante. Pero difícilmente se podía dudar de la capacidad filosófica de su autor. Incluso en su tiempo, había mucha gente reacia y contraria al tipo idealista de filosofía, pero ya nadie podía dudar de que Hegel era, dentro de este tipo de filosofía, una de las voces más potentes e indiscutibles. El idealismo alemán ya no podía ser concebido sin Hegel, sin atender a la personalidad filosófica y al sistema hegelianos. A partir de este momento veremos a nuestro filósofo buscar el sitio que cree que le corresponde y que se ha ganado dentro del mundo filosófico universitario alemán. Aún más, veremos que desde él se proyectará universalmente como el principal filósofo idealista e, incluso, conseguirá ser el único que finalmente pueda presentar un (o El) sistema completo y definitivo del idealismo.

Todavía otra «desilusión académica». Ahora bien, de momento y en los aspectos más prosaicos, Hegel debía vencer todavía algunas dificultades y ver cómo su «enemigo» Fries siempre conseguía las mejores ofertas. Pero a pesar de ello, fue considerado ya como candidato para las universidades de Heidelberg y de Berlín. Primero, en 1816, se concretó la oferta de la universidad de Heidelberg, que era una de las más antiguas de Alemania, si bien en aquel momento no era comparable a la «nueva» universidad fundada en 1810 por Wilhelm von Humboldt en Berlín. Ésta, con ni más ni menos que la cátedra que Fichte ha dejado vacante con su muerte, todavía tendría que esperar, por lo que Hegel tuvo que renunciar –de momento– a aspirar a ella, en lo que podemos considerar su última desilusión académica.

Heidelberg (1816-1818). Formulación de «su» sistema

A los 46 años, Hegel consiguió finalmente el tan ansiado puesto universitario, suficientemente dotado para poder mantener a su familia y en la muy reconocida universidad de Heidelberg. Aunque no todo era de color de rosa en esta universidad, Hegel había conseguido la tan deseada tranquilidad y proyección universitaria, y pudo concentrarse en la planificación general de su sistema. Además, en el sistema universitario alemán posnapoleónico se pedía a los profesores que explicitasen el sistema que defendían o proponían y el manual filosófico en que basarían sus clases.

La Enciclopedia de las ciencias filosóficas. Ahora que la necesidad académica coincidía plenamente con la necesidad interior que sentía Hegel de plantear de forma global, y ya con una cierta concreción, la totalidad de su sistema, publicó la primera versión del resumen de éste: la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas* apareció en 1817.

Sin renunciar a su aproximación realista y descarnada a las realidades de la existencia humana y de la historia que tan vívida era en la *Fenomenología*, Hegel plantea ahora su sistema –cuyo resumen es la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*– en un estilo más fríamente y exclusivamente panlógico. Esta tendencia era ya clara en la *Ciencia de la lógica* de Heidelberg (1812-1816), pero culminará en sus clases y obras de Berlín. Ahora bien, aunque sin la riqueza y los análisis pantrágicos de la *Fenomenología*, Hegel mantiene un mismo veredicto sobre las astucias del espíritu universal y de la historia, que ahora aplica incluso a su antiguo ídolo el orgulloso Napoleón –por entonces, finalmente derrotado y enclaustrado en la isla Santa Elena–: el espíritu universal no se casa con nada ni con nadie en particular, sólo por un momento se encarna en algo singular –que es, durante un tiempo, su «portador»–, pero después migra y busca de otros «portadores» para poder realizar de forma inmanente o intrahistórica unos fines imprevisibles y no dominables por éstos.

El espíritu del mundo o universal (Weltgeist). El espíritu del mundo nunca se vincula permanentemente a una persona o incluso a un pueblo, puesto que su verdadero escenario es –como expresa la dualidad de sentidos del alemán *Weltgeist*–

el mundo entero, «universal» –hoy en día usamos más el término «general»–, abierto y dirigido a la totalidad del mundo, pero sin comprometerse con nada en particular –ni tan siquiera con el «genio» militar Napoleón–.

Atendiendo tan sólo a sus propias conveniencias, el espíritu universal o del mundo transmigrará de unos portadores a otros, todos los cuales siempre serán sólo esto, portadores de algo que va mucho más allá de ellos como seres particulares.

La amistad con Goethe. Precisamente en este momento en que Hegel había experimentado y había justificado el necesario fracaso final de un «genio» portador del espíritu universal (Napoleón), fue cuando conectó de verdad y se hizo amigo de otro: Goethe.

Hegel, que había defendido la teoría de los colores de Goethe –incluso en contra de la de Newton–, ahora simpatizaba con el auténtico dictador cultural alemán durante décadas. Ambos mantendrían la amistad y reconocimiento mutuo en adelante y serían claves para la evolución cultural alemana posterior.

Hegel también hizo otros importantes amigos filosóficos en esta época, como el francés Victor Cousin, que más tarde, siendo muy influyente en la política educativa francesa, sería clave para la introducción del hegelianismo en Francia. Además, Hegel fue nombrado coeditor de los prestigiosos *Heidelberger Jahrbücher*.

Candidato a la universidad de Berlín. Hegel se sentía manifiestamente feliz y en clara progresión en Heidelberg, pero una vez más los azares históricos interfirieron en el plácido desarrollo de su vida y filosofía. La nueva dirección reformista de la cultura y la universidad en Berlín, bajo el ministro Altenstein, volvió a poner sobre la mesa la candidatura de Hegel para la universidad más renovadora del momento, en ni más ni menos que la capital de Prusia.

Aunque Hegel había visto con desconfianza la deriva militarista y conservadora prusiana, y simpatizaba con las nuevas constituciones –progresistas y bicamerales de tipo francés– que Prusia aplastaría, a finales de 1817 creía ver en los moderados proyectos



INTENTO DE ALCANZAR EL PARNASO. Visión satírica del romanticismo alemán en un grabado de 1803. Aparecen, arriba a la izquierda, A. von Kotzebue (2) (1761-1819), en cuya revista *Der Freimütige* se atacaba a Schlegel, Schleiermacher, Tieck y Novalis (3), en el grupo central, así como a Goethe (1), al fondo a la derecha. ♦

prusianos de renovación el camino sólido al Estado nuevo y organizado racionalmente que siempre había buscado.

Vinculando el espíritu absoluto—especialmente la filosofía que explicita el sistema de todas las ciencias— como clave para la formación de los ciudadanos al servicio del espíritu objetivo y del Estado, en su conferencia inaugural en Berlín afirmó que «la formación y el florecimiento de las ciencias es uno de los momentos esenciales en la vida del Estado».

El *Bildung*. Seguramente Hegel, como muchos otros, confundió como un giro histórico permanente lo que no era sino una política circunstancial debida a la derrota

militar del Estado prusiano, que ante Napoleón había perdido todo su territorio occidental y que debió retirarse a sus feudos orientales. Ciertamente, el Fichte de los *Discursos a la nación alemana* (1808) afirmó que ante la derrota militar napoleónica, a Alemania sólo le quedaba lo que siempre había sido su principal activo, el espíritu, la formación (*Bildung*), la cultura, su educación. Pero con estas palabras Fichte reivindicaba la cultura y el espíritu –que incluyen, como buen kantiano, la libertad de pensamiento y de expresión y la tolerancia cultural como lo más importante– no sólo como una astuta estrategia estatal –como las promesas de constituciones y de libertades– mientras Prusia se hallaba derrotada y la monarquía amenazada.

Sin embargo, eso era precisamente lo que pensaba Federico Guillermo III cuando en el inicio del proceso hacia la creación de la nueva universidad de Berlín proclamó con suficiente claridad: «El Estado ha de reemplazar con el poder espiritual lo que ha perdido físicamente». Se sobreentendía claramente que una vez recuperado «físicamente» el territorio y garantizado su absoluto poder autárquico, las concesiones a lo espiritual, a la democracia o a la libertad de expresión no tenían por qué mantenerse o ser las mismas.

Berlín (1818-1831). A la conquista... ¿del Estado?

A largo plazo y en cierto sentido, tuvo buen ojo Hegel en escoger Berlín. Pues ciertamente, por entonces Prusia estaba consolidando su reorganización posnapoleónica y, en adelante, conquistaría la hegemonía política alemana y convertiría Berlín en la gran capital del Reich; si bien la hegemonía cultural se le resistiría más, pues Viena y el Imperio austrohúngaro no serían en este terreno tan fácilmente desplazados.

Pero a corto plazo la historia le tenía todavía guardada alguna sorpresa a Hegel, pues justo al poco de instalarse en Berlín Prusia olvidó toda veleidad reformadora. En 1819 Federico Guillermo III de Prusia pactó en Karlsbad con el factótum de la restauración posnapoleónica y antirrevolucionaria –el ministro austriaco Metternich– una política interna y externa que favorecía la censura y el control estatal antiliberal de la vida pública, especialmente en las universidades. Wilhelm von Humboldt, el liberal creador de la universidad de Berlín, tuvo que dimitir y, con él, ministros reformadores como Von Boyen.

La restauración antiliberal. El reflujo conservador y restauracionista aumentó al año siguiente, en 1820, cuando las llamadas «leyes finales de Viena» bloquearon la tendencia abierta y prometida de facilitar nuevas constituciones a los distintos territorios «liberados» del yugo napoleónico. Aún más, en el Congreso de Troppau las tres autocracias conservadoras –Rusia, Austria y Prusia– proclamaron su política internacional de intervenir allí donde hiciera falta para mantener la «legitimidad» dinástica establecida. El único resultado efectivo de esta política fue la triste invasión española en 1823 por los célebres Cien Mil Hijos de San Luis, que pondría fin al llamado Trienio liberal con una gran represión –fusilamiento de Riego y muchos otros– y restauraría el absolutismo monárquico, mientras Francia ocupaba la península durante cinco años.

La Filosofía del derecho. Paralela y significativamente, Hegel estaba escribiendo una de sus obras más influyentes –y realmente leídas–, la *Filosofía del derecho*. Se trata en realidad de una ambiciosa filosofía política que, a pesar del completo estilo especulativo hegeliano, reflexiona y encara los grandes conflictos políticos del momento. A pesar de que la obra permite interpretaciones muy diversas, Hegel fue valiente al

redactarla en un nada claro momento, en el que los profundos conflictos de naturaleza política resultantes de la rápida reconfiguración prusiana posnapoleónica tenían consecuencias muy desagradables en todos los ámbitos de la vida.

El *ennui* romántico. El olvido de las promesas reformadoras –nuevas constituciones y libertades– que Prusia y otras autocracias del momento prodigaron para minar las alianzas prorrevolucionarias y/o pronapoleónicas provocó un gran y generalizado desánimo –vinculado al famoso *ennui* romántico–, sobre todo entre la juventud. Hubo una rotunda y progresiva depuración de las elites políticas y culturales, pues lo que con Napoleón interesaba promocionar, ahora se había vuelto absolutamente peligroso y los conservadores que durante la lucha contra Napoleón callaban, condescendían y esperaban, ahora tomaban la iniciativa violentamente. Nadie estaba del todo a salvo, y Hegel tampoco. A pesar del respeto hegeliano por las instituciones, las jerarquías y el orden, a nadie se le escapaba que claramente aspiraba a unas instituciones, unas jerarquías y un orden mucho más racionales, y eso comportaba reformas –algunas muy profundas–.

Aunque había alcanzado la culminación de su carrera académica como influyente catedrático en la universidad emblemática en Berlín, Hegel tuvo desde el primer momento problemas para que le fueran aceptadas sus propuestas de «ayudantes de cátedra» porque eran jóvenes vinculados con las reformas. También los tuvo Schleiermacher, si bien la diferente manera de reaccionar y valorar los privilegios del Estado provocó un enfrentamiento entre ambos que, unido al poco respeto mutuo que se profesaban por sus respectivas orientaciones filosóficas, selló en adelante su permanente enfrentamiento.

La fama de un Hegel conservador. Hegel pareció alinearse declaradamente con la línea represiva del régimen cuando, a finales de 1820, criticó en el prefacio de la *Filosofía del derecho* a su viejo enemigo el «sentimentalista» Fries y a su nuevo enemigo Schleiermacher –por «despreciar» desde la religiosidad «el orden ético y la objetividad de las leyes»–.

Por razones políticas, Fries había sido expulsado de su cátedra en la universidad de Jena y Schleiermacher era estrechamente vigilado en la de Berlín, por similares razo-



TUMBA DE G. W. F. HEGEL (1770-1831) en el cementerio del Dorothienstadt, en Berlin-Mitte. A su muerte, su antiguo amigo y mentor Schelling le sucedió en la cátedra berlinesa. Posteriormente sus discípulos publicaron las Lecciones de filosofía de la historia universal, estética, historia de la filosofía y filosofía de la religión, mientras se iba afirmando la división de la escuela entre corrientes de derechas y de izquierdas. En 1839 una nueva corriente, formada con Schelling y representada por Feuerbach, emprendería la crítica de la filosofía especulativa. ◊

nes y por su conocida amistad con Fries. Hegel, que claramente era un reformista y había tenido devoción por Napoleón (en ese momento algo muy perseguido), pareció ponerse por propia opción y públicamente de parte de la represión del Estado prusiano. Con ello sellaba una leyenda que ya le perseguía, pero que ahora se había convertido aparentemente en autoconfesión. Naturalmente, poco importó al respecto lo que dijera Hegel, concretamente en el texto de la *Filosofía del derecho*: su fama ya estaba labrada.

El decanato y el rectorado. En 1821 Hegel fue nombrado decano de la facultad de Filosofía. Su tan traída connivencia con el gobierno prusiano era claramente exagerada, pues a pesar de ser reconocido, tuvo también continuas desavenencias con las autoridades. A pesar de ello su ascenso continuó.

En 1827 reeditó su *Enciclopedia* y en 1829 fue elegido rector de la universidad de Berlín. No obstante, Hegel se había granjeado influyentes y pertinaces enemigos. El más persistente y enconado era Schleiermacher, que consiguió vetar la entrada de Hegel en la Academia de Ciencias de Berlín en sucesivas y cada vez más escandalosas ocasiones –la última cuando Hegel, a su fama entonces poderosísima, había conseguido añadir el rectorado electo de la universidad de Berlín–.

Ello fue para Hegel una constante y muy dolorosa espina clavada en el centro de su muy intensa necesidad de reconocimiento; además de la pérdida de unos ingresos que por entonces Hegel necesitaba, debido a sus problemas de salud.

Hegel y Schelling, de nuevo. Ahora bien, el más antiguo enemigo hegeliano no era otro que su viejo amigo de la adolescencia y durante un tiempo mentor: Schelling. Mientras Hegel conseguía lentamente pero con paso firme progresivas cuotas de reconocimiento académico y de público, Schelling se había retraído dejando de publicar y desarrollando un discurso especialmente oscuro y poco inteligible para su época.

Como hemos dicho ya, a Schelling, que había conquistado el reconocimiento muy joven, le costaba mucho aceptar esa posterior inversión de suertes. Además, los comentaristas no expertos confundían habitualmente el pensamiento de ambos, y a Hegel le costó mucho sacarse de encima el sambenito de ser básicamente un schellingiano.

Por otra parte, a Schelling le fue fácil insistir en que Hegel no había hecho más que traducir sus descubrimientos filosóficos a su propio lenguaje. Hegel expresaría en términos más cercanos a la lógica y a la filosofía del espíritu, lo que anteriormente Schelling había expresado en términos de filosofía de la naturaleza o de una ontología que parecía anticipar el heideggeriano «olvido del ser». Naturalmente, ello irritaba a Hegel aún más que la inquina continuada de Schleiermacher.

Ciertamente el destino quiso que, a la muerte de Hegel, y para sucederlo en su cátedra de filosofía en la universidad de Berlín, se llamara a su antiguo amigo y gran

competidor en las últimas décadas, Schelling. Pero esta sucesión no fue fruto del azar, sino políticamente inducida a causa de la percepción por parte de las altas jerarquías prusianas de que había un gran peligro en el hegelianismo y en sus discípulos, por entonces muy bien «agazapados» para dominar la vida académica berlinesa, que a la muerte de Hegel se había dividido ya en corrientes «de derechas» y «de izquierdas».

Por eso se le pidió explícitamente a Schelling que recondujese la influencia hegeliana –incluyendo la depuración de los principales discípulos– y colaborara en «extirpar la simiente del dragón del panteísmo hegeliano». En adelante los hegelianos, en especial los de izquierdas, donde hay que situar el joven Marx, tendrían que hacerse oír fuera del ámbito académico que tan dificultosamente conquistó Hegel para su filosofía.

Los últimos años de la vida de Hegel. En los dos últimos años de su vida, Hegel estuvo inmerso en importantes proyectos editoriales que modificaron más profundamente de lo que se suele decir su sistema y la estructura de sus obras.

En 1830 llevó a cabo la tercera edición ampliada de la *Enciclopedia*, y en 1831 reelaboró un volumen de la *Ciencia de la lógica*, pero no pudo continuar con los otros. También tenía el proyecto de reeditar con modificaciones su primera gran obra, *Fenomenología del espíritu*, y sus *Lecciones de filosofía de la historia universal*.

Tampoco pudo editar sus influyentes clases en Berlín sobre historia universal, estética, religión e historia de la filosofía, labor que tendrían que hacer sus discípulos recopilando las notas del maestro y los apuntes de distintos oyentes de sus cursos.

Muerte de Hegel. El 14 de noviembre de 1831 Hegel falleció a causa del cólera, una epidemia que habían expandido las tropas rusas que por entonces sofocaron la rebelión liberal polaca. Fue la última y decisiva vez en que la historia interfirió en la vida del –seguramente– filósofo más ambicioso y especulativo que se propuso conocerla a través de la *idea* y su dialéctica.

FRIEDRICH HÖLDERLIN

EL GRAN POETA ROMÁNTICO

Friedrich Hölderlin (1770-1843) es conocido hoy día como uno de los poetas románticos más sutiles, metafísicos y a la vez líricos de la lengua alemana. Ahora bien, para el joven Hegel era sobre todo un gran filósofo idealista que, como él mismo, todavía no se había consagrado. Ciertamente, la lectura de los escritos filosóficos de Hölderlin, fragmentarios pero profundos, así lo confirman, pero no pueden hacer sombra al poeta. Hölderlin se anticipa a sus amigos idealistas al valorar la importancia de la belleza y la poesía para la nueva filosofía, al concebir panteísticamente la realidad como un todo orgánico y al considerar como la tarea clave filosófica y vital la unión de lo particular y lo universal, del individuo y la sociedad.

Ahora bien, con su novela epistolar *Hiperión*, su drama inacabado *La muerte de Empédocles* y sus grandes odas y elegías, pronto devendrá una perspectiva radicalmente alternativa a la hegeliana, tanto más cuanto comparten muchos aspectos. Así, parece que Hölderlin piense en su amigo Hegel cuando avisa: «Siempre que el



RETRATO DE FRIEDRICH HÖLDERLIN (1770-1843) C. 1825. Si bien su existencia estuvo amenazada por la locura, Hölderlin creó una obra poética extraordinaria donde la influencia de Schiller se combina con la admiración por la antigua Grecia que compartía con su amigo Hegel. El autor del *Hiperión* (1795-1799) fue, en su esfuerzo de interpretar la vida a través de la conciencia de los valores que contiene, el precursor de Byron y Leopardi, de Nietzsche y Baudelaire. ♦

hombre ha querido hacer del Estado su cielo, lo ha convertido en su infierno»; o bien: «El hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona». / G. M.

FRIEDRICH WILHELM JOSEPH SCHELLING

EL IDEALISMO OBJETIVO

Friedrich Wilhelm Joseph Schelling (1775-1854) es, con Fichte, el filósofo idealista más precoz y brillante de su época, pero se diferencia de éste y de Hegel por priorizar la investigación naturalista por encima de la político-social y, además, por su constante y profunda vinculación con el romanticismo. Por ello Hegel interpreta a Schelling como la mediación de un «idealismo objetivo» entre el «idealismo subjetivo» de Fichte y su propio «idealismo absoluto». Además, le criticará su fallido intento de fundamentación del idealismo a partir de una dogmática «intuición intelectual» y su posterior deriva poco «racionalista» y «conceptual», por ejemplo, al desarrollar una potente filosofía de la mitología que Hegel no podía aceptar.

Schelling publicó su obra precozmente y de forma acelerada. Entre sus escritos destacan *Ideas para una filosofía de la naturaleza* (1797), *Sobre el alma del mundo* (1798), *Sistema del idealismo trascendental* (1800), *Bruno o sobre el principio natural y divino de las cosas* (1802), *Filosofía y religión*



RETRATO DEL JOVEN FRIEDRICH W. J. SCHELLING (1775-1854).

A través de su vinculación con la Naturphilosophie, la punta de lanza del movimiento romántico, conoció una fulgurante carrera académica. Si bien en Berlín, al final de sus años, tuvo entre sus alumnos a Kierkegaard, Feuerbach y Bakunin, el sistema del idealismo trascendental que elaboró no fue apreciado en su justo valor hasta principios del siglo xx. ♦

(1804) e *Investigación sobre la esencia de la libertad humana* (1809).

Sin embargo, el filósofo dejó de publicar a partir de 1811, si bien continuó escribiendo y dando influyentes clases universitarias. / G. M.

NAPOLEÓN Y HEGEL COMO EJEMPLIFICACIÓN

ASCENSO Y CAÍDA DE UN VISIONARIO

El triunfante Napoleón (1769-1821), emperador de los franceses, podría haber obtenido mucho provecho si hubiera leído la hegeliana *Fenomenología del espíritu*, pero sus intereses se decantaban por el *Werther* de Goethe, con quien se entrevistó en Weimar en 1808.

Como perfectamente teoriza Hegel, el emperador no podía concebir, cuando estaba en la cumbre de su gloria, la proximidad de su caída ni la imposibilidad de trascender la breve figura de la conciencia que había tenido la suerte de encarnar; al contrario, no podía sino vivir el siguiente paso de la historia como su «muerte».

NAPOLEÓN Y LOS INTELLECTUALES ALEMANES

Napoleón, que en un primer momento había sido muy bien recibido por muchos intelectuales prorrevolucionarios alemanes, llevó a cabo una despótica ocupación y fue perdiendo esas complicidades. Fichte, que había sido un declarado defensor de la Revolución francesa, consideró en adelante que Napoleón la había traicionado e invocó en los *Discursos a la nación alemana* que ésta retornara a la que verdaderamente había sido su fuerza tradicional, la *Bildung*, la fuerza del espíritu y de la cultura. Ante la derrota y ocupación del mundo alemán, Fichte recordaba que todavía le restaba la gran herramienta regenerativa: la educación. Por su parte, Beethoven retiró la dedicatoria a Napoleón que inicialmente había puesto en su *Tercera sinfonía*, «Heroica».

HEGEL NAPOLEÓNICO

No obstante lo anterior, y un tanto sorprendentemente, Hegel mantuvo la exaltación de Napoleón —a quien denominaba «ánima del mundo» y «espíritu universal a caballo»— incluso después de haber provocado que la universidad alemana más brillante del momento perdiera sus grandes talentos, estuviera entonces casi sin alumnos, le condenara a él mismo a abandonar la carrera universitaria durante dos años e, incluso, limitara en mucho las ya escasas posibilidades de que su recién nacida *Fenomenología del espíritu* pudiera ser leída y correctamente interpretada.

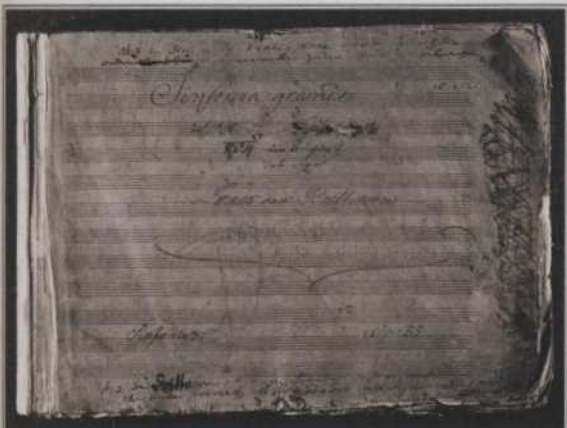
NAPOLEÓN SOMETE A PRUSIA

Napoleón había obligado a Prusia, la potencia militar terrestre más grande de la época, a entregar todo su territorio al oeste del Elba y a refugiarse en sus lejanos territorios orientales. También había creado, a imagen y semejanza de sus intereses, una Alianza del Rin (1806) con la mayor parte de los príncipes alemanes —pero, significativamente, sin Austria ni Prusia—, erigiéndose a sí mismo como su «protector» y, además, creando el Reino de Westfalia para su hermano Jerome (1807). Con un nepotismo extremo, un año antes Napoleón ya había puesto como rey de Nápoles a su hermano José (el mismo a quien, dos años después, entregará el trono español) y había creado el Reino de Holanda para su otro hermano Luis.

En la cima de su poder, Napoleón acariciaba el viejo sueño de un completo imperio europeo, ante el que sin embargo habían fracasado desde Carlomagno hasta Carlos V. Nacido en una Córcega todavía no francesa, por los azares de la política primero había devenido francés; des-



ARRIBA, LA CONSAGRACIÓN DE NAPOLEÓN I EN NOTRE-DAME el 2 de diciembre de 1804, óleo de J.-L. David (1748-1825) conservado en el museo del Louvre, París. A la derecha, entrevista de Napoleón y Goethe en Erfurt el 2 de octubre de 1808, según un grabado de Adalbert von Rössler (1853-1922). Abajo, portada de la Sinfonía número 3, «Heroica», título que Beethoven le puso a la obra que dedicara a Bonaparte cuando supo que éste había sido coronado emperador. ♦



pués oficial revolucionario; más tarde «la espada» que Sieyès buscaba para controlar la Revolución y poner fin a la radicalización que terminaba por guillotinar a los mismos revolucionarios; y, finalmente, emperador. Pero a pesar de tan brillante carrera, y como teorizó Maquiavelo, era prisionero de las dificultades para alcanzar la plena legitimidad de su soberanía en tanto que «príncipe nuevo», mal visto por las casas reinantes europeas.

RENUNCIA DE FRANCISCO II

Ciertamente, había impuesto la renuncia del emperador Francisco II y, por tanto, la extinción del casi milenario Sacro Imperio Romano Germánico (vigente desde la coronación de Otón el Grande en 962), y se había autocoronado emperador. Pero Napoleón no podía dejar de pensar como un general o como un «príncipe nuevo» y sentía caer sobre sí la denuncia de los legitimistas, que le llamaban «el Usurpador». Napoleón se sabía desprotegido de la legitimación «sacralizada» por el tiempo y las costumbres, y por lo tanto se sentía dependiente de la superioridad militar, del constante ejercicio de la fuerza, de un inevitable y violento expansionismo imperialista. Esa debilidad congénita era el significativo reverso de su autocoronación de 1804 (como refleja el famoso cuadro de David), puesto que se entroniza «emperador hereditario de los franceses» *delante de* y no *por* el papa Pío XII.

EL FRACASO DE NAPOLEÓN

A pesar de haber aplicado hábilmente muchos de los principios que Maquiavelo aconsejaba en *El príncipe* y de haber conseguido éxitos legislativos y modernizadores, como el nuevo Código Civil francés (el llamado *Código*

Napoleón, que en adelante será un influyente modelo para muchos Estados europeos), Napoleón se sentía fracasado en el objetivo último de ser reconocido por las cabezas coronadas de Europa. No había podido transformar la legitimación de la fuerza en fuerza de legitimidad, o, como le podrían decir Hegel y Unamuno —cada uno a su manera—, no había podido metamorfosear *la razón de la fuerza en la fuerza de la razón*.

Además, la armada napoleónica había sido derrotada en Trafalgar (1805) por el almirante británico Nelson, otro «espíritu del mundo» genial cuando «cabalgaba a los lomos» de sus barcos. Cuando Goethe acababa la primera parte del *Fausto*, hace doscientos años, Napoleón era prisionero de la insaciabilidad fáustica y de lo que Hegel llamaba «la mala infinitud», que cae prisionera de sí misma y es incapaz de cesar en su fuga hacia delante. Por eso, era inevitable —como teoriza la *Fenomenología* de Hegel— que el espíritu universal o la razón en la historia abandonaran a su «portador» Napoleón, el cual será inmediatamente devorado por los acontecimientos —como acontece cuando se deja de cabalgar los lomos de un tigre—.

LA DERROTA DE NAPOLEÓN

Temiendo carecer de auténtica legitimidad y cegado por unos éxitos militares que creía ilimitados, Napoleón rechazó una paz favorable con los británicos en 1806. Pronto la armada británica contraatacó el bloqueo decretado por Napoleón con un mucho más efectivo bloqueo del comercio colonial marítimo francés. El astuto y mundano Talleyrand, consciente de la imposibilidad de mantener el ritmo napoleónico de conquista y guerra constantes, dimitió



GRABADO QUE REPRESENTA LA BATALLA DE LAS NACIONES, librada en Leipzig entre el 16 y el 19 de octubre de 1813, en la que Rusia, Prusia y Austria derrotaron al ejército que Napoleón había reclutado tras el desastre de 1812 en Rusia. A finales de 1813 el absolutismo volvió a campar por Europa, dejando lejos al Napoleón en quien Hegel vio encarnado el espíritu de la época. Museo de Richard Wagner, Bayreuth, Alemania. ◊

como ministro de exteriores en 1807. Como hemos dicho, pronto la realidad de la guerra, las consecuencias de la ocupación y, evidentemente, las numerosas decisiones de Napoleón erróneas y brutales, hicieron reflexionar a los que habían visto en la expansión francesa una especie de guerra de liberación que extendía los beneficios de la Revolución. Poco a poco, los antiguos aliados napoleónicos fueron distanciándose del destino de éste.

Aunque la situación internacional había empeorado mucho —por ejemplo, con la desastrosa campaña rusa y la rebelión española—, pero aún más convencido que antes

de que su más mínima concesión o señal de debilidad le reportarían la destrucción, Napoleón rechazó una última oferta de paz en 1813. Según dijo a Metternich —que configurará Europa aplicando con mano de hierro el legitimismo antiliberal hasta 1848—, «a un hombre como yo le importa poco la vida de un millón de hombres», y es «posible que pierda mi trono, pero sepultaré el mundo entero en sus ruinas». Los acontecimientos posteriores son bastante conocidos y, como Hegel había anticipado, el eje de la historia se apartará de Napoleón, que dejará de ser el «portador del espíritu universal» para apagarse trágicamente. / G. M.

REDUCCIÓN DE LA FENOMENOLOGÍA EN LA CONSTRUCCIÓN DEL SISTEMA PANLÓGICO

LA DEPURACION DEL PANTRAGICISMO HEGELIANO

Como hemos dicho, en la *Fenomenología del espíritu* Hegel mostraba la génesis a la vez lógica y empírica, friamente racional y atormentadamente trágica, de aquellas ideas irrebables y substantes que constituían el «saber absoluto» posible en su época.

TRES NIVELES

Muy ambiciosamente, Hegel lo llevaba a cabo en tres niveles superpuestos pero bastantes distintos entre sí:

Primer nivel. Por una parte, la *Fenomenología del espíritu* quería ser la exposición global y estructurada del sistema filosófico científico que los idealistas habían aceptado como el objetivo supremo del momento.

Segundo nivel. Por otra parte, debía ser también la síntesis de la evolución de la humanidad hasta poder acceder a un sistema omnicomprendivo riguroso; es decir, era también una cierta filosofía de la historia universal que era inseparable de una historia de la filosofía.

Tercer nivel. En tercer lugar, debía ser un *Bildungsroman*, una rigurosa «novela de formación» impulsadora de los individuos hacia la razón universal; es decir, era también la narración de la experiencia vital y educativa que había

de experimentar toda conciencia particular que quisiera lograr el nivel de conocimiento logrado por la humanidad en conjunto, o sea, que quisiera lograr el «saber absoluto» posible ahora y aquí.

En muchos sentidos, la superposición de estos tres propósitos, además tan ricos y distintos entre sí, significó un reto excesivo que complica mucho la lectura y comprensión de la *Fenomenología del espíritu*. Por ello Hegel se distanció de ella, eliminó gran parte de la carga dramática para resaltar los aspectos lógico-conceptuales del desarrollo sistémico y decidió distinguir en éste con más precisión los distintos ámbitos.

Decidió escindir en discursos separados todo lo que había volcado en su primer gran libro, depurando todo aquello que resaltase lo sentimental, emotivo, carnal, dramático y trágico –lo que denominamos el *pantragicismo* hegeliano– para, al contrario, destacar la más abstracta argumentación lógica y la fría estructuración conceptual sistemática –lo que llamamos el *panlogicismo* hegeliano–.

UNA OBRA OBVIADA

En una evolución comprensible, pero también al menos en parte digna de ser lamentada, en el momento de desarrollar su sistema Hegel se distanció de este laberinto de espejos que es la *Fenomenología del espíritu*, a la que acaba considerando un proyecto exterior –en parte preparatorio y en parte fracasado– de su sistema, de su auténtica filosofía. Por eso y en general la *Fenomenología del espíritu* fue obviada por todos sus discípulos directos (de Bauer a Marx, pasando por Feuerbach)

y, con permiso de Dilthey, fue necesario esperar al existencialismo de entreguerras mundiales para que fuera redescubierta y nos permitiera perdernos por sus laberintos.

OBRA POSTERIOR

Así pues, Hegel separó las tres tareas que se mezclaban en la *Fenomenología* y le daban su riquísimo carácter.

En primer lugar. La exposición panlógica e intemporal del sistema fue desarrollada en obras como la *Ciencia de la lógica* (su gran obra de Nuremberg) y la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas* (la gran aportación de su estancia en Heidelberg). En ellas también hay a menudo algún apunte histórico y alguna dialéctica concreta tratada con gran dramatismo, pero el desarrollo lógico abstracto predomina totalmente por encima de lo histórico, concreto o empírico, y aún más sobre la tragedia y el drama humanos. En ellas, la perspectiva panlogicista de Hegel desplaza y obvia aquella perspectiva pantrágica que arraigaba, enriquecía, concretizaba y complementaba la *Fenomenología del espíritu*.

En segundo lugar. La exposición más diacrónica e histórica del desarrollo humano que presentaba la *Fenomenología del espíritu* se concretará en adelante sobre todo en sus clases y discursos sobre la filosofía de la historia, sobre el arte, sobre la religión y sobre la historia de la filosofía —que son, significativamente, con su reflexión sobre el Estado, la gran preocupación de Hegel en Berlín—. En estas clases y temáticas predominará el discurso histórico evolutivo e incluso el análisis de gran dramatismo.

Ahora bien, incluso en la *Historia de la filosofía* y en las *Lecciones de filosofía de la historia universal*, donde el panlogicismo no era tan dominador, Hegel minimizará en gran medida el drama de las particularidades escindidas, alienadas, en lucha mortal... de la *Fenomenología* en favor de la teorización de la «astucia de la razón» o de «la reconciliación especulativa».

En tercer lugar. Finalmente, sólo la tercera tarea quedará como propia y específica de la *Fenomenología del espíritu*. Pero en el sistema de la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, Hegel la interpreta de manera muy reductiva y denomina «fenomenología del espíritu» a una parte muy secundaria y limitada. Concretamente, la sitúa como el momento segundo del «espíritu subjetivo» —que es la primera sección de la filosofía del espíritu—, el cual además contiene tan sólo una versión muy resumida y, por supuesto, completamente «desdramatizada» de los contenidos de los apartados que en la *Fenomenología del espíritu* de 1807 eran denominados «A. Conciencia» y «B. Autoconciencia» —pasa de aproximadamente 80 páginas a sólo 13—. Simplemente con este dato ya se aprecia la radical supresión de muchos aspectos que eran capitales en el desarrollo de 1807, pero la sorpresa deviene mayúscula cuando el apartado denominado «C. AA. Razón» —que ocupaba cerca de 150 páginas— queda absolutamente mutilado a menos de una página; mientras que desaparecen totalmente las tres grandes partes finales de la *Fenomenología* de 1807: «BB. El Espíritu», «CC. La Religión» y «DD. El saber absoluto», que ocupaban bastante más de 200 páginas. / G. M.

RESPUESTA HEGELIANA AL «TRILEMA DE MÜNCHHAUSEN»

LA SOLUCIÓN DE LA TRIPLE APORÍA

El filósofo alemán del siglo XX Hans Albert ha denominado *Trilema de Münchhausen* a la triple aporía en que considera que necesariamente se ve abocado todo intento de fundamentación: o bien se cae en la paradoja del regreso infinito –siempre cabe plantear un fundamento ulterior y previo, de forma infinita y sin solución de discontinuidad–, o bien en la falacia del círculo lógico –de alguna manera lo que funciona como fundamento en un lugar funciona como fundamentado en otro–, o bien en una interrupción dogmática e injustificada del procedimiento de fundamentación que lleva a afirmar arbitrariamente un principio que se da por evidente por sí mismo, que se considera que no necesita ser fundamentado e, incluso, que sería imposible fundamentar.

Hegel intenta superar la primera y la tercera aporías aportando una nueva versión –que considera plenamente rigurosa– de la segunda. Considera que si se piensa en términos de totalidad, efectivamente se atiende a ésta sin dejar ningún residuo o parte inconsiderada, no se pierde el enlace lógico-argumentativo y se puede cerrar el círculo del sistema de manera que todo pueda funcionar como fundamento y como funda-



RETRATO DE G. F. W. HEGEL CUANDO RESIDIÓ EN NUREMBERG, según un dibujo de G. Hensel. La imagen lleva escrita la dedicatoria de puño y letra del filósofo «Unsere Kenntnis soll Erkenntnis werden. Wer mich kennt, wird mich hier erkennen» («Nuestro conocimiento debe convertirse en reconocimiento. Quien me conoce, aquí [en esta imagen] me reconocerá»). ♦

mentado. En este caso lo importante es la dinamicidad y la trabazón lógica que vincula el todo por encima de cualquier parte concreta, por privilegiada que sea. No hay, pues, principio incondicionado, fundamento infundamentado ni regreso *ad infinitum*, sino una totalidad omnicomprensiva que se legitima por el enlace lógico que la vincula en todos y cada uno de sus elementos. / G. M.

LAS LECCIONES DE BERLÍN

SU PUBLICACIÓN Y RECUPERACIÓN DE LA FENOMENOLOGÍA

A pesar de que para evidenciar la lógica especulativa de su sistema maduro Hegel desmembró la *Fenomenología del espíritu*, gran parte de sus clases en Berlín contenían y desarrollaban los temas que trataba en esa obra. Basta con comprobar cómo las partes que pierde la *Fenomenología* al pasar a ser una mera y secundaria parte del sistema, son las que desarrollan las *Lecciones de filosofía de la historia universal*, la *Estética o filosofía del arte*, la *Filosofía de la religión* y la *Historia de la filosofía*. Todas estas obras son fruto de los cursos y conferencias hegelianos en la universidad de Berlín y coinciden en ser de las más influyentes del pensamiento de Hegel, a pesar que no se pueden considerar del todo como libros suyos.

Son ediciones llevadas a cabo por distintos discípulos hegelianos que recopilaron los manuscritos y notas –a veces muy fragmentarios– del propio Hegel, pero añadiéndoles síntesis o intercalando fragmentos extraídos de los apuntes tomados en directo –pero a veces rehechos más adelante–. Todo ello era convenientemente refundido con el objetivo –según confesión de uno de esos editores– de «hacer un libro» con todo ese amasijo de textos de diferente valor y procedencia.

APUNTES MUY CLARIFICADORES

Aunque desde una perspectiva purista se puede ser bastante crítico con este proceder y con los libros resultantes, hay que reconocer la gran influencia de dichas obras, que en su momento pasaron a todos los efectos como obras del propio Hegel. Ahora bien, está claro que con los criterios actuales la edición crítica y el estudio fidedigno y riguroso del pensamiento de Hegel, es preciso editar como tales todos los fragmentos y notas redactados por el propio Hegel y, aparte, los distintos cuadernos de sus alumnos y demás materiales, sin mezclarlos y distinguiendo en todo momento su procedencia y posible fiabilidad.

Sin embargo, el lector encontrará en estas obras gran parte de los elementos más vívidos y concretos de la reflexión hegeliana. Aspectos que lamentablemente –a juicio de muchos– el propio Hegel fue minimizando en su exposición lógico-especulativa del sistema. ¿Por qué lo hizo así Hegel? ¿Qué significado filosófico tenía esta opción? En otros términos más explícitos: ¿El olvido o minimización de lo pantrágico –es decir, de los análisis más vívidos, dramáticos, concretos y experienciales– es el precio que debe pagar Hegel para triunfar en el gran reto que la joven generación poskantiana había asumido: edificar el sistema omnicompreensivo poniendo el énfasis sobre todo en el vínculo lógico de la totalidad –lo panlógico–? Parece ser que algo de ello hay en la evolución hegeliana. / G. M.

EL SISTEMA PANLÓGICO

EL GRAN ÉXITO DE HEGEL Y SU INFLUENCIA EN LA INTERPRETACIÓN POSTERIOR

Ciertamente, después de la *Fenomenología*, Hegel dio con su propia solución a la cuestión de la fundamentación radical del sistema filosófico. Renunció al sueño de definir el principio último e incondicionado, sueño que había fascinado desde al menos Aristóteles hasta Fichte o Schelling. Hegel consideró que éstos habían fracasado una vez más, si bien también habían puesto de manifiesto la incoherencia última de dicho planteamiento. Por ello Hegel optó por renunciar a fundamentarlo todo en un principio radical e incondicionado, que por eso mismo tenía que ser necesariamente infundamentado, es decir, falto de todo fundamento. A cambio definió un sistema omnicomprendivo y dialécticamente circular, de tal manera que no importa por donde se inicie la especulación filosófica sino, ante todo, no perder el enlace lógico que la une hasta haber cerrado el círculo sobre sí mismo —que es, piensa Hegel, la única manera de fundamentar sin que el fundamento mismo carezca de cualquier fundamentación—.

EL ENLACE LÓGICO

Naturalmente ello obligó a Hegel a focalizar absolutamente su atención y su discurso sobre el enlace lógico, sobre el vínculo que une la parte con el todo, sobre la estructura y sistematicidad global. Sabía que si perdía, aunque sólo fuese por un instante el lazo lógico global, su sistema y su pretensión de fundamentación dialéctica circular caerían por sí mismas. Éste era el reto que necesariamente tenía que asumir Hegel si quería triunfar donde fracasaron los gran-

des idealistas poskantianos Fichte y Schelling. Como éstos al final sospecharon —quizás especialmente su amigo Schelling—, la infundamentación del sistema no puede ser vencida persistiendo en la concepción radical aristotélica y cartesiana del fundamento. Hegel, intentando no caer en lo que consideraba la inconsecuencia final de Kant, se dio cuenta de que —como éste— debía buscar una salida imaginativa e innovadora que evitase caer en el dogmatismo filosófico del racionalismo anterior.

EL SUEÑO PANLÓGICO

Ahora bien, la genial opción hegeliana tenía la exigencia y el coste inmenso de un discurso absolutamente lógico, que no podía perder en ningún momento su holista concentración sistemática y global. Hegel necesariamente tuvo que sacrificar el momento analítico y la atención a lo concreto en favor del momento sintético y la atención al conjunto. Por tanto, no podía atender a lo particular y concreto por sutil y relevante que resultara, pues ello comportaría distraerse de la lógica del conjunto. Ello comportaría perder el global enlace lógico sistemático, perdiendo el todo y perdiendo por tanto el fundamento de ese todo. El sueño sistemático, holista y especulativamente «científico» de Hegel comportaría su sueño panlógico.

Aún más, el sueño panlógico llevó a Hegel a acentuar su estilo discursivo: complejo, cerrado, muchas veces abstruso y machaconamente reiterativo de los enlaces lógico dialécticos del tipo «en sí», «para sí» y «en y para sí»... Quizás también —como se le acusa— hay aquí la deriva ideológica hegeliana, que cada vez más minimiza lo humano concreto y particular en favor de lo especulati-

vamente divinizado, universal y eterno; pero también hay el autosacrificio de una parte del talento hegeliano (evidenciado en obras como la *Fenomenología*) en función de un ideal tan absoluto que roza lo imposible y lo inhumano. Pues Hegel, como escritor y filósofo, parece llegar a la conclusión de que no puede distraerse en lo más mínimo de lo sistemático y lo panlógico; aún más, que no puede distraer en lo más mínimo la atención del lector de la lógica del sistema para atender al análisis pormenorizado de lo humano, su drama y tragedia que tan vívidamente había puesto de manifiesto en otras obras.

LA ENCICLOPEDIA DE LAS CIENCIAS FILOSÓFICAS

Aunque Hegel se resiste explícitamente, la lógica global del sistema se termina imponiendo poco a poco a los análisis concretos y pantrágicos. Ya con los desarrollos del sistema elaborados en Nuremberg y especialmente con la primera edición de la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, Hegel consiguió una formulación relativamente estable de su sistema –aunque los estudios detallados nos avisan de que nunca fue tan estable como afirma el tópico–. Ello fue saludado unánimemente como la constatación definitiva de que Hegel había triunfado donde habían fracasado pensadores tan potentes y creativos como Fichte, Schelling, Hölderlin... Así, el gran sueño del sistema omnicomprendido y radicalmente fundamentado de gran parte de la modernidad parece haber culminado en Hegel y sólo en él.

LO ABSOLUTO, ¿CONQUISTADO PARA SIEMPRE?

El precio pagado por Hegel no parecía mucho para culminar la gran explosión de entusiasmo especulativo que había puesto en marcha Kant –en gran medida, en contra de su



RETRATO DE G. F. W. HEGEL (c. 1831). En este óleo, Jakob Schlesinger (1792-1855) muestra al filósofo en su época berlinesa, con el rostro avejentado y su penetrante mirada estrábica. SMPK, Nationalgalerie, Berlín. ♦

voluntad–, que era el fondo común de románticos e idealistas y una de las últimas grandes apuestas –si no la última– en favor de la unidad sistemática y lógicamente trabada de todo. Lo absoluto parecía así haber sido conquistado para siempre, sólo al precio mínimo de desenfocar un poco la mirada del filósofo, o en todo caso –como dirá Marx– de haberla invertido. Pero curiosamente Hegel, que parecía así haber conquistado el sueño romántico del absoluto, se convertiría en el más antirromántico de los idealistas alemanes, pues terminó prescindiendo de lo más vívido, dramático, trágico, concreto, apasionante... de lo más humano.

HEGEL Y LOS EXISTENCIALISTAS

Por parecidas razones, más adelante, el hasta entonces hegeliano Franz Rosenweig abdica de su excelente libro

Hegel y el Estado y, en las trincheras de la primera guerra mundial, inicia el existencialismo con su obra *La estrella de la redención*. Muchos otros existencialistas buscarán ese otro Hegel y consolidarán la reivindicación de la *Fenomenología del espíritu*. En adelante, desde Alexandre Kojève hasta Jacques d'Hondt o Francis Fukuyama –tan diferentes y opuestos– continuarán con el mismo dilema: ¿cómo interpretar a Hegel? ¿Cuál es su verdadero mensaje y lo que hoy está más vivo de él? ¿El panlogicismo o el pantragicismo? ¿Cuál es el modelo filosófico que Hegel nos ofrece para la actualidad y cuál nos es más relevante? ¿El formidable sistema omnicomprensivo, aparentemente invulnerable, «científico» en su especulación, eternamente fijado en cada uno de sus momentos y que nos promete consoladoramente participar en lo absoluto? ¿O más bien, la desesperada y muchas veces autista coexistencia de dos modos de vivir y filosofar: por una parte el dramático, cálido y concreto cáliz pantrágico, y por otra la fríamente conceptual pero sistemática y global visión panlógica? Ésta será la gran pregunta que resonará en adelante.

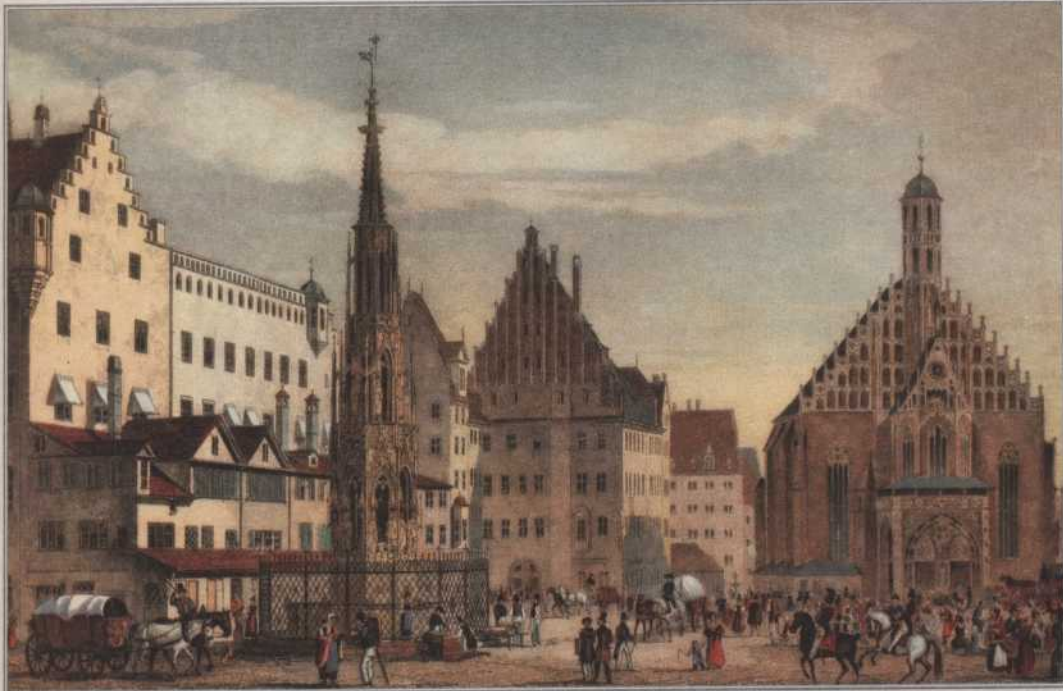
EL OLVIDO DEL HEGEL PANTRÁGICO

La mayor parte de las críticas denunciarán al Hegel panlogicista, muchas veces sin saber que, en cierta medida, hubo «otro» Hegel. Aunque, en pureza y en último extremo, no hay dos Hegel, sino simplemente uno que, en una compleja evolución, cree haber llevado a ciencia el principio clave compartido por los grandes románticos e idealistas: la aspiración a una plena reconciliación en el absoluto que signifique una libertad superior, que supere la dicotomía «representativista» sujeto-objeto y que ofrez-

ca una versión especulativa de la razón –dialéctica– capaz de reequilibrar el libre juego de las facultades humanas.

Pero durante mucho tiempo se obviará esa evolución y, sobre todo, el considerable coste filosófico que Hegel pagó para la elaboración y para el triunfo de su sistema. Es decir, se olvidará que el Hegel panlógico, por todos conocido, que prioriza su sistema y que subordina la filosofía entera a la totalidad sistemática, no es sino (aplicando la famosa fórmula del coetáneo Clausewitz) la continuación por otros medios de los mismos ideales juveniles del Hegel pantrágico.

Ahora bien, así como en la *Fenomenología del espíritu* se trataba de llevarlos a cabo dentro de la irreductible interacción del conflicto vital, social, existencial y especulativo –por ejemplo, en el marco de la religión o de un saber absoluto que apure el «cáliz» del «via crucis» existencial para que «de este reino de los espíritus brote su infinitud»–, ahora se tratará de centrarse sobre todo en la lógica racional del sistema. Permanece el mismo ideal, pero difiriendo el pantragicismo en favor de comprender especulativamente la «historia concebida» como la fría reconciliación panlógica. El precio pagado será perder humanidad, incluso como se le acusará de caer en la inhumanidad; pero Hegel optará por privilegiar la que considera la tarea propia del filósofo: erigir «a este mismo mundo, captado en su sustancia, en la figura de un reino intelectual. Cuando la filosofía pinta con su gris sobre gris, entonces ya ha envejecido una figura de la vida, y con gris sobre gris no se deja rejuvenecer, sino sólo conocer». / G. M.



System
der
Wissenschaft

von
Ge. Wilh. Fr. Hegel

D. u. Professor der Philosophie zu Jena,
der Herzogt. Minorität Societät Gesellsch. Anwesend
und anderer gelehrten Gesellschaften Mitglied.

Erster Theil,

die

Phänomenologie des Geistes.

Bamberg und Würzburg,
bey Joseph Anton Goebhardt,
1807.

LA CIUDAD DE NUREMBERG C. 1850, en un grabado de Karl Rauch realizado a partir de una obra de Ludwig Lange (1808-1868). En esta ciudad Hegel escribió la Ciencia de la lógica, que, publicada entre 1812 y 1816, se sumaba a su gran obra de juventud en Jena: la Fenomenología del espíritu; a la izquierda, portada de la primera edición de esta obra (1807). La Fenomenología había de ser la introducción al sistema de la ciencia. En Heidelberg y Berlin, ciudad en la que culminó su carrera académica como rector, sumó a su sistema la Enciclopedia de las ciencias filosóficas y la Filosofía del derecho. Bajo estas líneas, la firma de G. W. F. Hegel como rector de la universidad de Berlin y de Friedrich Wilhelm como delegado del gobierno, en un certificado de estudios de 1830 para un estudiante de teología. ♦

Leipzig den 22^{ten} Februar 1830
Johann
der Regierungsrathesamt
an folgende Universität
Nürnberg Pfälzergel.
Hegel
Der Rektor der Universität
Hegel



HEGEL .

HEGEL

Obra

RETRATO ANÓNIMO DE HEGEL hacia 1800. En esta época el filósofo alemán concluyó una de sus obras más afamadas, la *Fenomenología del espíritu*, cuya publicación pasó en principio casi desapercibida debido a las circunstancias políticas y sociales. ♦

Obra

GONÇAL MAYOS

Hoy en día, cuando la «empírea» no existe y la «lógica» es un monstruo fantástico, la obra de Hegel continua lanzándonos un reto imposible de aceptar. En este reto, lógica y empírea van estrechamente unidas, y ésta era la fuerza y la fe que Hegel quiso transmitir en los escritos que analizamos a continuación.

Fenomenología del espíritu

Una de las cumbres de la filosofía de todos los tiempos. La complejidad de la *Fenomenología del espíritu* resulta en gran medida de presuponer la necesaria traducción constante y simultánea de dos discursos profundamente contrapuestos. Aún más, es la interrelación –más que mera suma mecánica– de dos perspectivas o de dos discursos tan diversos como ontológicamente incompatibles. En la *Fenomenología* no se expone en absoluto ningún desarrollo cognoscitivo «tranquilo», al contrario, se expone una experiencia trágica y tan decisiva como para que en ella se juegue el ser más profundo y esencial de quien la protagoniza –es decir, el «ser» y la «vida» de cada una de las figuras de la conciencia que componen la *Fenomenología*–.

Además, nada cambia ni puede reducir en nada tal tragedia, aunque paralelamente se expongan también las profundas y frías consecuencias lógicas de tan trágica experiencia desde la perspectiva de la conciencia filosófica madura –que previamente ya ha hecho en su carne aquella dramática experiencia– y que ahora simplemente las analiza especulativamente. Es decir, esa madura conciencia filosófica, más que revivir aquellas terribles experiencias, las recuerda ahora como mero material conceptual para sus análisis y sus conclusiones gnoseológicas y de todo tipo.

Escrita para filósofos. En tanto que la *Fenomenología del espíritu* fue escrita para filósofos versados, Hegel alude a la conciencia filosófica madura usando la primera persona del plural «nosotros», presuponiendo que el lector es capaz de comprender la lógica racional –«en y para sí»– que preside todo el desarrollo de la *Fenomenología*. En cambio, y para distinguir las perspectivas, cuando Hegel expone lo «en sí» vivido por la conciencia que hace la experiencia –por primera vez, por así decirlo– suele usar la tercera persona del singular «él» o «ella», aunque en algunos casos muy significativos usa la primera persona del singular «yo». Con ello quiere significar sin duda que todos vivimos nuestra vida personal, privada, singular y particular como un yo trágicamente desorientado, angustiado porque siente amenazado lo que cree su única realidad: su yo.

Todos vivimos irracionalmente inconscientes de lo que nos liga con el todo racional, con el *logos* que hay en la realidad y se realiza en la historia. Sólo algunos y sólo después de haber madurado a través de dramáticas experiencias vitales, pero también de haber desarrollado la fría capacidad especulativa del filósofo, pueden conocer esa racionalidad que a todo y a todos nos penetra, y así elevarse a un conocimiento riguroso que es, necesariamente, universal y común.

El objetivo de la *Fenomenología*. El objetivo filosófico básico de Hegel era identificar o reconocer –*erkennen*– lo real y efectivo en medio de los conflictos más profundos, las desgracias más terribles o las circunstancias particulares más incomprensibles. Quería hacer filosóficamente científico –es decir, mostrar su racionalidad– el caos de los acontecimientos, mostrando que por debajo de su dispersa variabilidad hay algo que –al menos dentro del estadio histórico, cognoscitivo y vital en que se plantea– mues-

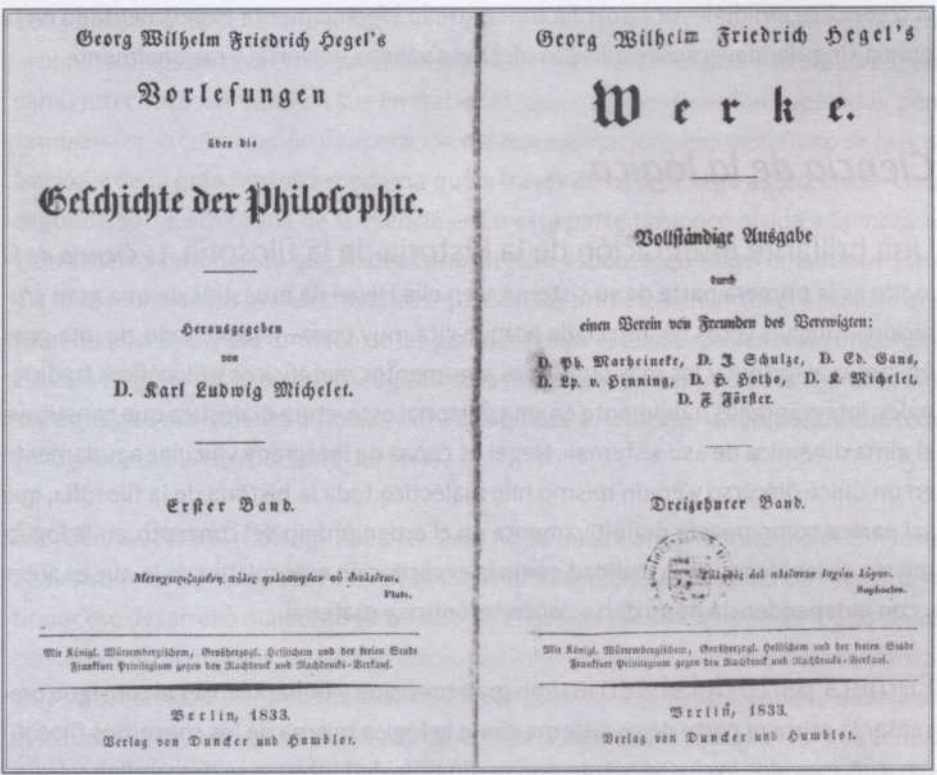
tra una racionalidad irrebasable, radical, insuperable, sustancial en cuanto que encuentra en sí misma su plena legitimación. En definitiva, algo «absoluto».

Ahora bien, para que se evidencie esa irrebasabilidad, radicalidad, insuperabilidad, sustancialidad y absolutez racional hace falta que se la muestre emergiendo desde el irreductible conflicto dialéctico, con toda su negatividad, alienación y particularidad. «Yo» o «él» deben vivir «en sí» y a fondo su conflicto particular, pero la dialéctica debe elevarlos –siempre *post factum*– a la reconciliación con lo que entre todos han hecho (en y para sí), capacidad que sólo el filósofo tendrá y podrá certificar científicamente.

En definitiva, Hegel piensa que es necesario que la dialéctica intrínseca a la existencia empírica particular de los «yo» –por ejemplo, con guerras o dramáticas incomprensiones, incluso para con uno mismo– muestre su valor «lógico» universal, supremo y absoluto, precisamente e inevitablemente destruyéndose como tal particularidad. Sólo entonces devendrá otra figura de la conciencia, también particular, que más adelante también deberá ser superada. Sólo del recuerdo de esta trágica vivencia y, sobre todo, de su conceptualización lógica, surge para Hegel el conocimiento filosófico que, precisamente por no ser ajeno al drama vivido, capta su racionalidad absoluta.

Dice Hegel: «Conceptualizar lo que es, es la tarea de la filosofía, puesto que lo que es, es la razón. Con respecto al individuo, cada uno es –además– hijo de su tiempo; ahora bien, también la filosofía es su tiempo captado en pensamientos». La *Fenomenología del espíritu* es para Hegel su primer gran intento de realizar y culminar la tarea filosófica de dar cuenta del todo –no sólo de alguno de sus aspectos concretos, como las ciencias especializadas–, mostrando sus dificultades y el complejo camino para su consecución.

Posición de la *Fenomenología*. La *Fenomenología del espíritu* es para muchos una de las cumbres de la filosofía de todos los tiempos precisamente por poner de manifiesto la dialéctica que une experiencia y conceptualización, sin por ello olvidar la profunda incompatibilidad entre el vivir y el filosofar. Pues hay un profundo abismo –que



PORTADA DE LAS LECCIONES DE HISTORIA DE LA FILOSOFÍA de G. W. F. Hegel, vol 1, edición de 1833 a cargo de Karl Ludwig Michelet (1801-1893), continuador del pensamiento de Hegel y fundador de la Sociedad Filosófica berlinesa. A la derecha, vol 13 de las obras completas de Hegel publicadas en Berlín por Duckner y Humbolt entre 1832 y 1840. ♦

es posible que luego Hegel tendiera a minimizar, si bien nunca olvidó— entre, por una parte, vivir o cabalgar sobre el «tigre» desatado e imprevisible que es la realidad en su devenir—aunque se pretenda ser «el portador» del «espíritu universal» en ese momento dado—; y por otra parte, obtener el conocimiento especulativo absoluto reconociendo, «perdonando» y «reconciliándose» con las inevitables tragedias vitales e históricas.

Hegel reconoce lúcidamente en la *Fenomenología del espíritu* la diferencia ontológica que hay entre ambas «perspectivas», aunque el «saber absoluto» sólo puede nacer de

la reconciliación dialéctica *post factum* entre lo efectivamente experimentado en la propia singularidad y sus resultados efectivos válidos universal y racionalmente.

Ciencia de la lógica

Una brillante integración de la historia de la filosofía. La *Ciencia de la lógica* es la primera parte de su sistema, y en ella Hegel da muestras de una gran erudición —muchas veces no apreciada porque cita muy poco— y, sobre todo, de una gran brillantez al formular los más profundos argumentos metafísicos y filosóficos tradicionales, integrándolos hábilmente en una personal estructura dialéctica que constituye el alma dinámica de «su sistema». Hegel es capaz de integrar y vincular agudamente en un único discurso y en un mismo hilo dialéctico toda la historia de la filosofía, que así parece como puesta definitivamente en el orden propio del concepto, en la lógica misma de las ideas y de la realidad, como la explicitación especulativa de lo que es antes y con independencia de su darse concreto, óntico y material.

Primera parte del sistema. Con gran precisión y brillantez, Hegel consigue presentar la primera parte de su sistema como la lógica misma de los conceptos filosóficos que, movidos exclusivamente por su dinamicidad interna, se desarrollan y transforman los unos en los otros hasta definir el gran arco del *todo*, de la *idea*. Por tanto, su *Ciencia de la lógica* se convierte —a los ojos del lector que sigue fascinado su compleja dialéctica— en la exposición de casi toda la filosofía, pero de una forma más verídica, esencial y descarnada; es decir, sin consideraciones circunstanciales y sin desviarse por lo accidental a la cuestión —aunque lo hubieran formulado así los más prestigiosos filósofos del pasado—; y en consecuencia, siguiendo puramente la profunda *lógica* de lo conceptual o argumentativo.

Culminación de la filosofía. Pero además —y no es algo menor ni externo al gran reconocimiento que pronto cosecharán la *Ciencia de la lógica* y su autor— define el sistema filosófico hegeliano como la culminación, al menos momentánea, de toda la filosofía. Hegel sitúa su filosofía en una perspectiva que culmina y supera la novísima filo-

sofía alemana de Schelling o Fichte, y que a través de tantos otros llega hasta Kant –sobre todo los analiza en la parte tercera, «Doctrina del concepto»–. Muestra el pensamiento crítico kantiano en sus limitaciones, que finalmente serían superadas, pero también como culminación y superación del representacionismo metafísico de la ilustración y de la gran filosofía moderna que a través de Leibniz llega a Descartes –en la segunda parte, «Doctrina de la esencia»–. En esta parte tampoco olvida a Spinoza, el gran sistema racionalista que el idealismo alemán y sobre todo Hegel dinamizan. Estudia lo esencial de los grandes místicos, que son los primeros en intuir el absoluto que Hegel explicitaría, pero también de las grandes cimas escolásticas. Aún más importancia dará Hegel en su exposición «lógica» de la filosofía a las cumbres de la suprema filosofía griega de Aristóteles a Platón, y de Parménides a Heráclito –analizados sobre todo en la primera parte, «Doctrina del ser»–.

Objetivo filosófico del futuro. Pero no se queda ahí, y definiendo el conjunto de *su sistema*, Hegel apunta y establece su primordial objetivo filosófico del futuro: continuar ese desarrollo dialéctico ya no sólo en el campo *puro y meramente lógico* de los conceptos en sí mismos, sino en su encarnación empírica, su realización particularizada y su concreción plenamente real. Por eso el sistema hegeliano completo deberá en el futuro añadir, a la recién publicada *Ciencia de la lógica*, una *filosofía real* que tendrá dos partes: una *filosofía de la naturaleza* –exponiendo el desarrollo dialéctico implícito en el mundo natural– y una *filosofía del espíritu*. Esta última habría de exponer el desarrollo dialéctico interno que mueve el mundo humano: de lo antropológico, de lo psicológico, de lo moral, de las instituciones sociales, del Estado, de la historia universal de la humanidad en conjunto, de la evolución del arte, de la religión y, finalmente, culminándolo todo, de la filosofía.

Lecciones de filosofía de la historia universal

La razón en la historia. Una de las series de lecciones más influyentes de la enseñanza hegeliana en la universidad de Berlín es sin duda la dedicada a la filosofía de la historia universal. Con ella Hegel se situó como el principal filósofo de la his-

toria, pues sólo le puede disputar este galardón su discípulo y crítico Marx, y esto a pesar de que éste pretendía ser un científico o teórico de la historia y no un simple filósofo.

Consciente de la importancia de la visión general, interpretativa y por tanto filosófica de la historia de la humanidad y sus instituciones, Hegel tenía en mente en el momento de morir el proyecto de escribir finalmente su obra definitiva sobre tal cuestión. Lamentablemente no pudo llevarlo a cabo, a pesar de redactar el importante escrito introductorio, hoy editado –con añadidos de sus clases– bajo el título de *La razón en la historia* por uno de los grandes estudiosos de la evolución de Hegel: Johannes Hoffmeister. Así enmendaba éste el deficitario primer volumen de las *Lecciones sobre filosofía de la historia universal*, editadas póstumamente por el discípulo de Hegel Georg Lasson.

La historia en el sistema hegeliano. En el sistema hegeliano, la historia universal ocupa un lugar de transición entre el espíritu objetivo y el espíritu absoluto. Es, más concretamente, el tercer momento del Estado y representa la única instancia objetiva y real que puede juzgar al Estado. Para Hegel, la historia es el único juicio que se eleva por encima del Estado, ese leviatán o «dios mundano», como decía Hobbes. Pues aunque los Estados representan lo universal para sus ciudadanos, en relación con el resto de Estados son individuos enfrentados entre sí que reclaman exactamente la misma legitimidad. En las relaciones intraestatales o internacionales se ha perdido, por lo tanto, la relación con la universalidad y se reproduce la guerra hobbesiana de todos contra todos, sí bien a una escala mucho más destructiva.

Momentos en el desarrollo del espíritu universal. Como era habitual en su época, la hegeliana historia universal es una historia política, pero con el importante añadido de que los distintos Estados hegemónicos representan a distintos pueblos y deben ser considerados como momentos sucesivos en el desarrollo del espíritu universal, con toda su riqueza. Hegel considera que en la historia el mismo espíritu universal se manifiesta como «la realidad espiritual en toda la extensión de su interioridad y exterioridad». Por tanto, la filosofía hegeliana de la historia engloba casi la totalidad

tante y armónica entre lo empírico y lo lógico, lo histórico y lo especulativo, quizás sólo comparable con la *Fenomenología*, pero sin la compleja dificultad de ésta. Es por ello que recomendamos iniciar la lectura directa de las obras de Hegel precisamente por su *Filosofía de la historia*.

Filosofía del derecho

La obra de Hegel más leída y polémica. *Principios de la filosofía del derecho o derecho natural y ciencia política* es el título completo y muy poco usado de lo que normalmente se denomina la *Filosofía del derecho* de Hegel, publicada en 1821. Sin duda se trata de su obra más leída, comentada y mejor comprendida, pues —como hemos visto— está claramente inscrita en los debates políticos y sociales de su tiempo, pero también continuará siendo polémica más allá de él, por ejemplo a través de la influencia que tuvo en los marxistas.

Esta obra incluye un prefacio con la bella y famosa metáfora de la filosofía como «la lechuza de Minerva», que sólo es capaz de levantar su vuelo —especulativo, rigurosamente conceptual y científicamente explicativo— cuando los fenómenos y hechos analizados han iniciado su *crepúsculo*.

En este punto, el *idealista* y *metafísico* Hegel se mostraría más humilde y reconocería la limitación de la filosofía, al contrario que, por ejemplo, el *materialista* y *revolucionario* Marx.

De acuerdo con la monótona dialéctica que Hegel prodigó en su etapa madura, el libro está dividido en tres partes. La primera está dedicada al «derecho abstracto», que para Hegel contempla la definición y análisis de la *propiedad*, del *contrato* y de la *injusticia*. La segunda parte estudia la «moralidad» (en alemán, *Moralität*), entendida como subjetiva, personal y de conciencia privada; por eso Hegel analiza en ella las tres cuestiones del *propósito* y la *responsabilidad*, de la *intención* y el *bienestar* y del *bien* y la *conciencia moral*. La tercera parte, más amplia y culminante, está dedicada a la «eticidad»



FACHADA DE LA UNIVERSIDAD DE HEIDELBERG. En esta prestigiosa universidad Hegel consiguió la tan deseada tranquilidad y proyección universitaria y pudo concentrarse en la planificación general de su sistema, lo que se concretó en 1817 con la publicación de la Enciclopedia de las ciencias filosóficas. ♦

(en alemán, *Sittlichkeit*), que analiza estructuras mucho más dependientes de un *ethos* colectivo y ya institucionalizadas formalmente; así, estudia en primer lugar la *familia*, atendiendo al *matrimonio*, el *patrimonio familiar* y la *educación de los hijos* y la *disolución de la familia*; la segunda parte, desarrollada aún más detalladamente, atiende a la *sociedad civil*, que engloba el *sistema de las necesidades*, la *administración de justicia* y el *poder de policía y corporación*.

La última parte de la «eticidad» es el *Estado*, donde analiza el *derecho político interno*, con los tres poderes –ejecutivo, legislativo y judicial–, y el *derecho político externo*. Finalmente –algo muy específico de Hegel–, termina con un tercer momento que enlaza el *espíritu objetivo* con el *espíritu absoluto*, que es la *historia universal*. Eso es debido a que

Hegel desconfía de las esperanzas kantianas sobre una sociedad de naciones que legisle y garantice la ley internacional, y por ello considera que el *juicio universal* a los Estados y sus políticas sólo puede surgir del veredicto de la historia. Evidentemente, con ello Hegel alimenta las críticas que se le hacen de limitarse a defender el *status quo* existente y divinizar al Estado, sin ponerle ninguna cortapisa.

Primer programa del idealismo alemán

Hacia una libertad e igualdad universal de todos los espíritus. Llamamos *Systemprogramm* o *Primer programa del idealismo alemán* a un escrito fragmentario del que sólo nos ha llegado la última hoja escrita por las dos caras. Los expertos han fijado sin ninguna duda que la letra es la de Hegel, pero hay muchas más dudas sobre la autoría intelectual. Parece claro que se trata de un texto que circulaba probablemente en distintas copias y que era discutido en círculos filosóficos y políticos partidarios del naciente idealismo y de la coetánea Revolución francesa. En forma programática se esboza la ordenación de un sistema considerado como tarea primordial de la filosofía en el futuro.

El fragmento conservado se inicia reclamando llevar a cabo una ética como –¿primera?– parte del sistema. Ahora bien, por lo que se dice apunta a una compleja y nueva síntesis entre Spinoza –ya que debería contener «toda la metafísica»–, Fichte –prioridad de la razón práctica por encima de la teórica– y Kant –se refiere explícitamente a sus postulados prácticos–. Este sistema metafísico global que priorizaría la razón práctica tendría como fundamento incondicionado el yo libre y su acción originaria –que se dice es la única «creación desde la nada» concebible–. El sistema continuaría con una filosofía de la naturaleza que debería ir más allá de la física newtoniana y experimental, y luego se adentraría en la «obra humana». Aquí se muestra muy contrario al Estado –es una máquina que no permite la libertad– y partidario de la Revolución francesa, criticando la tesis kantiana de la «paz perpetua» y otras porque son «ideas subordinadas de una idea superior».

Afianzándose en Schiller, el texto afirma que esa idea superior es la belleza, pues es la que «unifica todas las demás» ideas. Propone la inseparabilidad de razón y estética, de filosofía y poesía, atacando a los filósofos incapaces de expresarse bellamente y hacer llegar su mensaje al pueblo iletrado. En esa dirección, reclama una «religión sensible» y una «nueva mitología», pero al servicio de las ideas y de la razón. Así sería posible la armonía entre hombres cultos e incultos, y entre las distintas facultades humanas, produciéndose finalmente la «libertad e igualdad universal de todos los espíritus».

OBRAS DE HEGEL

UN ANTES Y UN DESPUÉS EN LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Hegel escribió y publicó en vida un gran número de obras, escritos y tratados en los que paulatinamente, desde sus primeros escritos de juventud, fue puliendo su pensamiento filosófico.

OBRAS PUBLICADAS EN VIDA

Primer programa del idealismo alemán.

Escrito hacia 1796-1797, es un texto fragmentario del que sólo nos ha llegado la última hoja escrita por las dos caras por el propio Hegel.

En forma programática, se esboza la ordenación de un sistema considerado como tarea primordial de la filosofía en el futuro.

«Eleusis».

Se trata de un poema de juventud escrito en 1799 en el que Hegel trata de conciliar -mediante la comparación de Jesucristo y de Sócrates- la antigüedad griega con el cristianismo.

Es una obra claramente influida por el pensamiento romántico, en la que no faltan dosis del sentimentalismo y la ingenuidad político-social que tanto menospreciaría más adelante.

La Constitución de Alemania.

Escrita en 1802, en ella Hegel repasa la situación del Estado alemán y la compara con el resto de Europa, haciendo referencia de manera sintética a las tres formas de gobier-

no y a la sucesión histórica que han experimentado: el despotismo oriental, las antiguas repúblicas y la modernidad de la monarquía.

Fenomenología del espíritu.

Acabada en 1806, es para muchos una de las cumbres de la filosofía de todos los tiempos, precisamente por poner de manifiesto la dialéctica que une experiencia y conceptualización.

La *Fenomenología del espíritu* se puede considerar una verdadera síntesis macrofilosófica de la época, que culmina los años dorados que pasó Hegel en la universidad de Jena.

Ciencia de la lógica.

Publicada en tres volúmenes en Heidelberg entre 1812 y 1816, la *Ciencia de la lógica* es la primera parte del sistema hegeliano.

En ella el autor formula con gran brillantez y erudición los más profundos argumentos metafísicos y filosóficos tradicionales, integrándolos hábilmente en una estructura dialéctica que constituye el alma dinámica de su sistema.

Este pensamiento parte de su gran obra *Fenomenología del espíritu*, pero culmina especialmente en los escritos y los apuntes recogidos por sus alumnos de la universidad de Berlín y publicados póstumamente.

Aquí es donde Hegel alcanza no sólo su madurez filosófica, sino también la cumbre de un sistema que marcaría un antes y un después en la historia del pensamiento universal.

Enciclopedia de las ciencias filosóficas.

Escrita en 1817, la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas* es la gran aportación de la estancia de Hegel en Heidelberg y constituye una primera versión del resumen de su sistema.

Sin renunciar a su aproximación realista y descarnada a las realidades de la existencia humana y de la historia que tan vivida era en la *Fenomenología*, Hegel plantea ahora su sistema en un estilo más frío y exclusivamente panlógico.

Filosofía del derecho.

Principios de la filosofía del derecho o derecho natural y ciencia política es el título completo y muy poco usado con el que apareció publicado por primera vez esta obra de Hegel, normalmente denominada *Filosofía del derecho*.

Sin duda se trata de su obra más leída, comentada y mejor comprendida, pues está claramente inscrita en los debates políticos y sociales de su tiempo, pero también continuará siendo polémica más allá de él, por ejemplo a través de la gran influencia que tuvo posteriormente en los marxistas.

OBRAS PUBLICADAS PÓSTUMAMENTE

Lecciones de filosofía de la historia universal.

Editadas póstumamente por el discípulo de Hegel Georg Lasson, *Lecciones de filosofía de la historia universal*, la *Estética o filosofía del arte*, la *Filosofía de la religión* y la *Historia de la filosofía* son obras fruto de los cursos y conferencias hegelianos en la universidad de Berlín y durante años fueron atribuidas al propio Hegel.

Todas ellas coinciden en ser de las más influyentes del pensamiento de Hegel, a pesar de que en un sentido estricto no pueden ser consideradas del todo como propias.